

Etapa 21. Caldas de São Jorge – Praia de Esmoriz

7 de junio de 2026

En la salida de la etapa, iba a hacer la foto del kilómetro cero en la fachada de la iglesia de Caldas de São Jorge. Estaban ya colocados M^a Jesús, Juani, Javi, María, Jesús y Delfín cuando un hombre de mediana edad muy amable se ofreció a hacernos la foto para que yo también saliera en ella. Al devolverme el móvil me dijo que él era el fotógrafo de las ceremonias y acontecimientos de Caldas. Al saber que íbamos andando hasta Esmoriz, contestó con una sonrisa que prefería quedarse allí. Habíamos encontrado el maestro de ceremonias perfecto para el día de nuestra llegada al mar.

367 kilómetros han supuesto el camino elegido desde mi portal hasta el punto de latitud norte 40,9436 de la playa de Esmoriz. En el Maps de Google te sugieren otro trayecto andando de solo 317 kilómetros. Pretender ir en línea recta ha obligado a dar más de un rodeo, pero era la única norma del juego, de la ocurrencia. Ambos caminos solo se encuentran en Rio Meão, el pueblo antes de Esmoriz.

Cuando atravesábamos Portugal, de vuelta a casa, sentía la pena de no tener un pretexto para volver a perderme por cualquier sitio, que, en realidad, ha sido el objetivo de cada etapa, de todo el plan. El océano Atlántico está muy bien, claro, pero pisar el valle desnudo y solitario del Massueime, por ejemplo, o atravesar las curvas del Varosa entre los cultivos de Almofala, ha sido igual de emocionante.

El caso es que ya desde la salida en Caldas no dejamos de tener casas a un lado y otro de nuestro trayecto. Me acordaba de las fiestas de cumpleaños sorpresa, en las que aparece todo el mundo de repente en el último momento. Aquí nos esperaban todos los portugueses que no están fuera, las casas antiguas, las modernas, hijas de la influencia de Álvaro Siza, diseñadas con desigual acierto, los bares a cada paso llenos de gente honrando la mañana del domingo, las iglesias forradas de azulejos, las autopistas que van a Oporto...

La llegada al Atlántico está muy bien resuelta en Esmoriz. No ves el mar hasta que estás a 100 metros, lo que acentúa lo de la imponente presencia. Se llega a través de las pasarelas de Barrinha de Esmoriz, que se mueven por el humedal más importante de la costa norte de Portugal, de unas 400 hectáreas y que incluye una laguna salobre que se conecta al mar a través del canal abierto en la barra o duna de arena que exige un mantenimiento constante.

Y ahí estaba.

Como casi siempre en las playas portuguesas, el viento soplaba obligando a colocar el *quebra-vento* para resistir en la arena tomando el sol; las olas, brillantes, rompían en la rampa que ellas mismas crean; más adentro el mar estaba revuelto y, cerca del chiringuito surfista, el *Palheiro Velho*, estaban unos cuantos amigos que no habían hecho la etapa para darme un abrazo.

Quiero hacer extensivo ese abrazo lleno de agradecimiento a las y los 28 que me han acompañado en este entretenimiento de jubilado. Sin ellos y ellas no habría sido capaz de pisar algunos caminos que podré recordar siempre; sin ellas y ellos no

conocería el entusiasmo compartido por muchos rincones; sin todos, los que han andado a mi lado, los que han hecho más fácil cada etapa o los que han querido estar el último día para ver si era verdad que llegaba, no estaría tan contento.
Obrigado.

Y por cierto, si atravesamos el Atlántico sin perder la latitud de mi calle, llegamos a ... Nueva Yol!!

Os espero en el Mediterráneo.